**Unión Consumada** 

Al comulgar se nos pide expresar nuestra fe en la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía. ¡Es Él realmente!, estás a punto de recibirlo en ti. El Papa Juan Pablo II comparaba lo que sucedió en la Anunciación con lo que sucede en la Eucaristía: Cuando María dio aquel ***“sí”***, Jesús se Encarnó en su seno por obra del Espíritu Santo, ahora Jesús, presente en la Eucaristía por obra del Espíritu Santo, viene a nosotros si le decimos *“sí”*, si lo acogemos con un amor como el de María.

Ese *“****Amén****”* que respondemos no sólo significa: “sí creo que Éste es el Cuerpo de Cristo, creo que Ésta en su sangre”, significa también que le dices que sí lo aceptas, te adhieres a Él, lo recibes no sólo en tu boca sino en tu vida entera, que, como María, dices **“*hágase en mí*”**, lo acepto todo, lo recibo todo, lo asumo todo con gozo y gratitud.

Recibes a Jesús, Él te hace formar parte de Él, te hace Suyo, te cristifica, te transforma en Él y te comunica Su vida eterna. Comulgas al Resucitado, a Aquel que derrotó la muerte, que le abrió una salida a todo sepulcro. Al decir: “***Amén***” estás diciendo sí a Su Vida en ti, ¡Estás viviendo la Pascua, el paso de la muerte a la vida! Estas consintiendo que el Señor entre en tu vida y le dé por fin sentido, dirección, propósito a tu vida.

Decir “***Amén***” es aceptar que el Rey del Universo reine de veras en ti, lo presida todo, lo gobierne todo. Es abrirle las puertas de par en par y dejar que Él tome posesión de todo. Es aceptar que te renueve, ilumine, transforme, rescate, guíe, sacuda, consuele desde lo más hondo de tu ser. Es aceptarlo como Huésped sabiendo que quiere quedarse contigo para siempre.

Si no comulgas tu alma se desnutre y debilita, se hace propensa a caer en el pecado y a morir espiritualmente. Pierdes el abrazo comprensivo y compasivo de Jesús. Es dejar pasar la oportunidad de entrar a Su intimidad, de acercarte más a Él, conocerlo mejor, amarlo más. Del Señor depende nuestro sustento espiritual, Él nos lo ofrece gratuitamente, generosamente. Depende de nosotros agradecerlo y aprovecharlo para acercarnos más a Él.

La mayor unión que puede lograrse entre dos personas es la unión conyugal, pero aún en ese instante cada uno de los cónyuges sigue siendo un individuo, separado del otro. En la Comunión, Jesús logró la unión perfecta: al darnos Su Cuerpo y Su Sangre encontró la manera de entrar a nosotros y hacernos verdaderamente Suyos.

Podría decirse que todo lo que hacemos nos prepara para nuestro encuentro íntimo con Jesús en la Eucaristía: leemos Su Palabra para conocerlo mejor, amarlo, anhelar Su cercanía; oramos para entablar con Él una relación personal y amorosa. Todo en nuestra vida cristiana conduce a sembrar en nosotros una necesidad vital que sólo el Señor puede saciar con Su Cuerpo y Su Sangre. Todo se complementa y perfecciona cuando culmina en el encuentro amoroso, íntimo, con Aquel que viene a cada uno como Pan de Vida y Bebida de Salvación, que nos hace decir, como San Agustín:

“*Gusté de Ti y ahora tengo hambre y sed de Ti”*

La Eucaristía es la conclusión lógica de todo cuanto dijo e hizo Aquel que con frecuencia comparaba el Reino a un banquete (Mt 22, 2; Lc 13,29); que invitó a Sus oyentes a no sentirse hartos (Lc. 6, 21); a pedir a Dios el pan de cada día (Lc. 11, 3); a compartir el pan con los que tienen hambre (Mt 25, 35); que se sentó a la mesa con justos y pecadores por igual como invitado (Lc 5, 29-30; 11, 37; 14, 1); como anfitrión (Lc. 9, 12-17); como servidor (Jn. 13, 2-5); que instituyó la Eucaristía y el sacerdocio durante una Cena (Lc. 22, 14.19-20); que pidió algo de comer después de la Resurrección (Lc 24, 41-43).

Jesús está a la mesa, en el amplio sentido de la palabra y nos espera, te espera, en el sitio especial que preparó junto a Él, piensa en ello al ir acercándote a recibirlo.

La comunión la da el sacerdote que preside la Misa, pero también puede ser otro ministro ordinario (sacerdotes, diáconos) o un Ministro Extraordinario de la Sagrada Comunión (MESC). Hay personas que no han comprendido que la presencia de Jesús en la Eucaristía no depende de quien la distribuya, **Él está ahí** lo mismo si la da el Papa que un laico.

Es recomendable que, al estar a punto de recibir a nuestro Señor, se realice una breve inclinación que muestre reverencia. El ministro toma la Hostia Consagrada y elevándola dice: “***El Cuerpo de Cristo***”, el que comulga responde “***Amén***”, abre la boca para recibir la Comunión, este modo es obligatorio cuando se da la “Comunión por “*intinción*” es decir, cuando se comulga el Cuerpo y la sangre de Cristo.

Quien desea recibir la Eucaristía en la mano, debe formar un “*trono*” con sus manos. Poner la mano izquierda con la palma hacia arriba y la mano derecha, también con la palma hacia arriba, debajo de la izquierda, como sosteniéndola, el ministro deposita la Hostia sobre la palma de la mano izquierda y entonces el que comulga toma la Hostia con la mano derecha y se la lleva a la boca, frente al ministro, una vez comulgado examina que no haya quedado alguna partícula en manos o dedos y si la hay, la consume.

Al regresar a tu lugar, visualiza en tu interior que abres la puerta de tu casa a ***Jesús Sacramentado*** que ha venido a encontrarse contigo, exprésale tu júbilo por Su presencia en ti, lo mucho que le agradeces que condescienda a venir hasta ti, abrázalo, dale tu más amorosa bienvenida, entra en tu interior, encuéntrate con **Él**. Puedes arrodillarte, sentarte o permanecer de pie, lo importante es que tomes la postura que te ayude a ese encuentro amoroso, cierra los ojos, olvídate de todo, pon toda tu atención en el **Señor**. Ninguna oración escrita por los santos, podrá sustituir tu propio diálogo con **Jesús**.

El sacerdote, después de purificar el cáliz y el copón y de resguardar las Hostias Consagradas en el Sagrario, se sienta en la sede propiciando un espacio de ***Silencio Sagrado*** para dar más tiempo a la oración. Ahora es tiempo para hablar con el Señor y escuchar, en el silencio de tu corazón, Su voz, que es tan sutil como una brisa suave y por ello es importante estar atenta a ella. Si te parece demasiado corto este tiempo, puedes quedarte un rato después de que terminó la Misa.

Jesús viene a ti, pero es respetuoso de tu libertad, pone a tu disposición todo lo que necesitas para dejar atrás tus apegos, ataduras y abrirte a la vida de gracia que Él te ofrece, pero no te obliga, no te vuelve “títere”, no se apodera de ti. Actúa en la medida en que lo dejas…

*“Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye Mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo”*. (Ap 3,20)

El Señor conoce bien nuestras incapacidades, se compadece de nosotros y nos da, una y otra vez, la posibilidad de volver a comulgar, así como también nos da la posibilidad de escuchar Su Palabra, de recibir su perdón, de caminar, pasito a pasito, a nuestro vacilante ritmo, lleno de sentones y tropezones, hacia Él y para lograrlo debemos renovar continuamente en nosotros la Presencia del Señor.

**Oración después de la Comunión**: Nos ponemos de pie y el sacerdote, desde la sede, nos invita: “*Oremos*” y pronuncia la última oración de la Misa, en la que pide al Señor que nos dé Su gracia para vivir y comunicar lo que aquí hemos recibido. Respondemos “*Amén*”, avalando el anhelo de no perder toda la riqueza que ha sido derramada sobre nosotras a manos llenas.

**Práctica Semanal**: Al comulgar pon toda tu atención en hablar con el Señor y escuchar, en el silencio de tu corazón, Su voz.